

Semántica de la oración. Instrumentos para su análisis.

Josefina García Fajardo. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2009. 198 págs.

Graciela Fernández Ruiz

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios
El Colegio de México

El objetivo de la obra que aquí se reseña es, en palabras de la misma doctora García Fajardo (p. 23):

presentar los instrumentos del análisis semántico que, a juicio de la autora, han mostrado ser muy productivos en el análisis de frases, de oraciones y de sus enunciaciones, procurando, en la medida de lo posible, acudir a las fuentes originales (por lo menos a su origen en el uso especializado).

Deteniéndonos un poco en esta idea, como el objetivo del texto es presentar una serie de instrumentos para el análisis semántico, y como todo instrumento, para ser realmente útil, debe adecuarse a las características de la tarea en que se emplea, cabe preguntar en qué consiste el análisis semántico y cuál es el objeto de la semántica.

A diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas, que no necesitan justificar su objeto sino que pueden darlo por sentado y desarrollar a partir de ahí su estudio, a la semántica se le exige muchas veces una reflexión adicional. En efecto, al estudiar un objeto que, por su misma naturaleza, ni se ve, ni se oye, ni se palpa directamente, a la semántica le ocurre algo comparable (guardando toda distancia debida) a lo que le pasa a disciplinas como, por ejemplo, la filosofía y en particular a su núcleo: la metafísica. Emmanuel Kant presenta en su obra *Prolegómenos para toda metafísica futura* una reflexión crítica sobre la posibilidad y los fundamentos del conocimiento metafísico, teniendo como telón de fondo la pregunta “¿Es posible, en general, la metafísica?”. Y en verdad su obra resultó ser prolegómeno para toda metafísica ulterior pues, a partir de Kant, no se puede abordar seriamente el tratamiento científico de la metafísica sin dar alguna respuesta o asumir alguna postura respecto a los cuestionamientos kantianos.

El “fantasma” de Kant parece trasladarse a la semántica para cuestionarnos con unos *Prolegómenos para todo estudio científico del significado* y nuestra

autora identifica esta exigencia causada por las peculiaridades del objeto de estudio de la semántica. Plantea la cuestión de la siguiente manera:

En las producciones de habla encontramos de manera directamente tangible evidencias de algunos de los subsistemas lingüísticos; estas evidencias conciernen a la fonología, a la morfología y a la sintaxis. *Las evidencias de un subsistema semántico, en cambio, no son directamente tangibles en la realidad física; esta situación representa el primer reto de la semántica* (p. 13).

Es un reto para la semántica el hecho de que su objeto no sea palpable sensorialmente porque, entonces, puede surgir la duda acerca de la accesibilidad de ese objeto —lo que equivaldría a poner en duda la posibilidad de la semántica como ciencia o disciplina del saber— y, yendo a una postura más radical, podría cuestionarse, incluso, la existencia misma del objeto de la semántica. A algunos podría parecerles inconcebible una postura así: ¿cómo poner en tela de juicio la existencia de un sistema de significados dentro del sistema lingüístico? “La existencia de una realidad semántica es evidente” (como dice nuestra autora en la p. 21) pero, como ya decía Aristóteles: “(a veces) nuestra inteligencia es ante las cosas más evidentes por naturaleza, como los ojos de los murciélagos ante la luz del sol”. Tanta luminosidad nos ciega. Por eso en este libro no se dan las cosas por sentadas, sino que en la primera parte del capítulo 1 se explica, por un lado, de qué modo comprobamos la existencia de un subsistema semántico dentro de la lengua y, por otro, cómo tenemos nosotros acceso al conocimiento de tal subsistema.

Para la primera de estas tareas, nuestra autora se basa en el llamado “argumento del cuarto chino” del filósofo de la lengua, John Searle. Advirtiendo que ella no presenta el argumento tal cual lo hizo su autor, sino con las adaptaciones necesarias para destacar el punto que le interesa tratar, nos narra, a partir de la p. 14, un relato inspirado en ese argumento, del cual lo que sigue es síntesis:

En un pueblo de China, un señor decidió instalar un oráculo en la calle, para que la gente lo consultara, como en antiguas tradiciones de distintas culturas, sólo que éste estaría simulado por una máquina. Para ello logró obtener una computadora programada con un léxico y una sintaxis del dialecto chino que se hablaba en dicho pueblo.

El señor mandó construir un pequeño cuarto con estructura de bambú y muros de tela de seda, con una pequeña ventanita. A través de la ventanita, la gente que

pasaba por la calle tenía acceso al teclado de la computadora y por ella misma estaba la salida de la impresora conectada a la computadora. Arriba de la ventanita se anunciaba el cuarto como un sabio oráculo y se instruía a la gente para hacer su pregunta en el teclado.

Llegó el primer cliente, tecléo escribiendo una pregunta sobre una situación que estaba viviendo y que lo atormentaba. El analizador sintáctico de la computadora encontró los sustantivos y los verbos en la construcción que había estructurado el cliente al hacer su pregunta. La máquina eligió al azar uno de dichos elementos léxicos y lo incorporó en un pequeño texto que redactó el sintetizador sintáctico. Lo imprimió y salió por la ventanita una hoja con el pequeño texto. El cliente inaugural leyó el texto, se puso a pensar y, al cabo de unos minutos, logró interpretar el contenido del texto como una enseñanza sabia relacionada con el problema que tenía. ¡Al fin y al cabo la creatividad y la exigencia lógica de la mente humana es capaz de relacionar las ideas con las situaciones!

Profundamente impresionado, el primer cliente inició el rumor sobre la sabiduría del oráculo. A éste asistieron miles de personas. El esfuerzo que hacía cada cliente por interpretar el contenido del textito que la máquina le proporcionaba era el común denominador en estos acontecimientos, de manera que todos encontraban en el texto producido por la computadora algún sentido relacionado con su pregunta; la mayor parte de las veces consideraban que se trataba de imágenes metafóricas o de sentidos muy profundos asociados a enseñanzas universales y que eran aplicables a su situación.

El oráculo chino fue así todo un éxito, *con el esfuerzo de interpretación de los clientes.*

En este punto interrumpe la autora el relato para preguntarse: ya que, visto desde fuera, el intercambio que tenía el oráculo con sus clientes parecía ser una comunicación informativa, ¿podríamos decir que esa programación de la computadora, basada únicamente en un léxico y una sintaxis del chino, equivale a saber hablar chino? La doctora García Fajardo señala: “Cabe, por lo menos, la duda de que el éxito del intercambio entre la máquina y las personas se debiera al proceso lingüístico *de las personas.*” Entonces, para tratar de averiguar si la programación de la máquina con esos únicos dos elementos, léxico y sintaxis, es equiparable al lenguaje humano, nuestra autora decide llevar más allá el relato del cuarto chino, imaginando todo tipo de situaciones cotidianas de intercambio lingüístico, y ya no sólo la situación de respuesta a preguntas. Así continúa el relato en la p. 15:

El creador del oráculo chino coloca su artefacto en un carrito, pone un letrero por medio del cual invita a la gente a *conversar* con la máquina [ya no sólo a hacerle preguntas] y comienza a recorrer las calles. Se acerca un joven que había sido cliente del oráculo y escribe en el teclado un mensaje de agradecimiento. La máquina produce entonces un pequeño texto sobre el tema del agradecimiento y el joven supone que el oráculo modestamente filosofa sobre ese tema, evitando personalizar para sí el agradecimiento. Hasta el momento, aparentemente la interacción tiene éxito. Sin embargo, conforme se van acercando otras personas, empieza a surgir la duda de si el exoráculo está distraído y no entiende cabalmente a su interlocutor, o si es un grosero que pretende ignorar la intención de los interlocutores [...] o si está loco, porque responde de una manera que no tiene que ver con la situación; por ejemplo, una de las personas tecleó una invitación a su cumpleaños; al leer la respuesta, creyó que el exoráculo estaba bromeando al construir alguna frase con la palabra (china) “cumpleaños”, que no tenía que ver con la invitación; quiso saber si el oráculo asistiría de verdad o no y le preguntó directamente, pero la máquina parecía irse por la tangente sin responder.

El relato continúa mostrando cómo ocurrían situaciones similares con las personas que le hacían peticiones o le ofrecían regalos al exoráculo, y concluye:

Entonces se juntaron [estas] personas, contaron sus experiencias y mostraron los textos que habían obtenido, textos pulcramente estructurados; todos ellos contenían, por lo menos, algún elemento léxico en común con el mensaje teclado por las personas. Y pensaron que el oráculo parecía un hombre enajenado, fuera de sí, pero sobre todo distante de la situación, ajeno a los intentos de comunicación de sus interlocutores, en fin, *que hablaba sin sentido*. (p. 16)

De este modo, con una exposición clara y amena mas no por ello menos profunda, la autora va conduciendo al lector a la conclusión de que “sin un subsistema semántico, las producciones sintácticamente bien estructuradas no pueden tener sistemáticamente un sentido adecuado a la situación” (p. 16). Claro está que en el libro se explica qué es el subsistema semántico de la lengua, haciendo notar que está compuesto, por una parte, de una estructura conceptual que se organiza en universos con una rica complejidad en la estructuración de sus relaciones y, por otra, de una estructura de significados instruccionales que, como se puede ver desde el prólogo, ocupan un lugar destacado en la obra que estamos presentando.

Retomando ahora las dos tareas antes mencionadas, vemos que en el texto se ha cumplido ya la primera: se ha demostrado, por reducción al absurdo, la existencia de un subsistema semántico; la segunda tarea consiste en explicar de qué modo tenemos acceso al conocimiento de ese subsistema semántico, a lo cual responde:

El conocimiento de esa realidad [semántica] sólo es posible de manera indirecta. A partir del análisis de las estructuras y de las actuaciones lingüísticas (el uso de las estructuras, que incluye su interpretación y lo pertinente del contexto situacional) deslindamos los significados (conceptual o instruccional) de los términos que intervienen en las estructuras. (p. 21)

Así es como la semántica accede a su objeto de estudio y puede cumplir su objetivo de describir los significados conceptuales e instruccionales de la lengua. Ahora bien, este estudio, evidentemente, no lo hará la semántica con los mismos instrumentos de la fonología o de la morfología, por ejemplo, sino con mirada e instrumentos propios, pues su objetivo es distinto del de las otras disciplinas. En palabras de la autora “el análisis semántico se dirige a esclarecer cuál es la contribución que hace, en la obtención del sentido, cada tipo de elemento lingüístico y cómo interactúan los significados con la situación de enunciación” (p. 25).

Los instrumentos que este libro nos presenta para llevar a cabo tal análisis son ciertas características de los significados que han mostrado ser “sumamente productivas para describir el funcionamiento semántico, mediante el análisis de las relaciones entre estructuras sintácticas y estructuras semánticas” (p. 21).

¿Cuáles serían algunos de los instrumentos que propone esta obra? Una manera de presentarlos es a través de ejemplos de hechos semánticos, en cuya explicación intervienen estos instrumentos de análisis. Así, se pone a consideración del lector, por ejemplo, el siguiente enunciado (entre otros muchos) y se le pide que, para su interpretación, considere únicamente la información que se da en el enunciado mismo: “La película italiana de este ciclo es buenísima” (p. 24). ¿Cómo se interpreta esto? ¿Cuántas películas italianas hay en este ciclo? ¿Una? ¿Más de una? “La película italiana de este ciclo es buenísima”. Creo que estaremos de acuerdo en que puede interpretarse lo mismo de un modo que de otro: el enunciado podría referirse a una única película italiana o, bien, al conjunto de todas las películas italianas de ese ciclo. El instrumental semántico para desentrañar el

cómo y el por qué de esta ambigüedad nos lo ofrece García Fajardo en el capítulo segundo de esta obra, particularmente a partir de la página 41, donde nos explica que esta ambigüedad entre la lectura individual y la lectura de grupo “surge con la presencia de frases nominales definidas (cuyo determinante es un artículo definido, un posesivo o un demostrativo), aunque estén en singular; no surge, en cambio, cuando en el lugar de la frase definida aparece una frase indefinida”.

Otro de los instrumentos de análisis semántico que nos presenta la autora es el que se emplea para desentrañar el fenómeno que ocurre en el siguiente enunciado: “El doctor que atendió a Pepe es un excelente médico”. ¿Cómo interpretar este enunciado? El enunciador ¿sabe quién es el médico que atendió a Pepe? Imaginemos la situación. Si yo digo: “El doctor que atendió a Pepe es un excelente médico” puede ser, al menos, por dos razones: primera, porque yo conozco a ese doctor y sé que es un excelente médico; segunda, porque a pesar de que yo no sé quién es el médico que atendió a Pepe digo que, quienquiera que haya sido, tiene que haber sido un excelente médico, en vista de la mejoría que tuvo Pepe gracias a él.

Tenemos, nuevamente, una ambigüedad: el enunciado puede interpretarse como que el enunciador sabe quién es el médico que atendió a Pepe, pero también puede interpretarse que el enunciador no sabe quién es el médico que atendió a Pepe. Para entender qué está ocurriendo aquí, la doctora García Fajardo propone, en el capítulo 3, otro instrumento semántico: la consideración de los distintos usos de las frases nominales, en concreto, para este ejemplo, el uso referencial (en el que usamos la frase para mencionar un objeto identificado) o, bien, el uso atributivo (en el que usamos la frase para describir las propiedades de quien sea que las cumpla).

Un último ejemplo de los muchos instrumentos que ofrece esta obra es el siguiente enunciado que presenta la autora para su análisis: “Hasta Carlos pudo resolver el problema”. Y pregunta la autora: “¿Por qué se ofendería Carlos al oír esto?” La verdad es que el acontecimiento del cual habla el enunciado no es, para nada, ofensivo. ¿De dónde surge el motivo de enojo? Fácilmente podemos imaginar que si al enunciado le quitáramos ese “hasta” se acabaría la molestia de Carlos: “Carlos pudo resolver el problema”. Si, en realidad, el “hasta” no forma parte del contenido proposicional del enunciado, ¿cómo es que puede llegar a resultar tan molesto? El instrumento adecuado para analizar este fenómeno se presenta en el capítulo séptimo de este libro, donde se trata el tema de las inferencias lingüísticas,

entre las que se encuentra la implicatura convencional que, como se sabe, es una inferencia que surge del significado sistémico pero no veritativo de ciertas palabras y frases, como “hasta”, “pero”, “aunque”, “ni siquiera”, etcétera.

En definitiva, los ejemplos que podríamos dar acerca de los valiosos instrumentos de análisis semántico que presenta esta obra son muchos y sería imposible tratarlos todos en este espacio, pero lo que no quisiera dejar de resaltar sobre el libro *Semántica de la oración. Instrumentos para su análisis* es la precisión de las definiciones que ofrece, la cual contribuye a remediar un inconveniente del que adolece en algunas ocasiones la investigación semántica, a saber: la falta de claridad en la comunicación entre los especialistas. Esto sucede, en buena medida, por no tener claramente definidas las características que sirven como instrumentos de análisis, situación que podría describirse con las siguientes palabras de la doctora García Fajardo, cuando dice:

Estas características se han venido empleando como instrumentos de análisis, para describir el funcionamiento de distintas categorías en la producción de significados de frases y de estructuras mayores. Al cabo de los años, al pasar por la pluma de muy distintos autores, la descripción de las características básicas del análisis semántico ha mostrado algunas variantes, no siempre claramente advertidas (p. 21).

Por otro lado, las finas distinciones conceptuales que se presentan en esta obra ayudan a evitar la proliferación innecesaria de categorías y supuestos de análisis y contribuyen, así, a la simplicidad del modelo explicativo, ideal del conocimiento científico.

Todas estas cualidades, aunadas a la claridad de la exposición, la riqueza de referencias bibliográficas, el vastísimo sistema de notas, así como las numerosas referencias internas que favorecen la comprensión de los temas desarrollados y de la relación que guardan unos con otros, hacen del libro *Semántica de la oración. Instrumentos para su análisis* una aportación invaluable a la semántica y a la lingüística en general.